Cuadernillo de reflexión y debate

ESI y Masculinidades

A 20 años de la sanción de la Ley 26.150 de Educación Sexual Integral (ESI)

Escriben:

Graciela Morgade
Marcelo Zelarrayán
Roberto Samar
Sebastián Martín Klein
Antonella Bianco
Gabriel Brener

REMA
RED DE ESPACIOS DE MASCULINIDADES DE ARGENTINA

REMA

Red de Espacios de
Masculinidades de Argentina
rema.lared@gmail.com
@rema.arg
OCTUBRE 2026

Descarga Libre en ChiriMbote
chirimbote.com.ar/multimedia/#libros-libres

3 **Hacer lugar a la pregunta**
Por Graciela Morgade

5 **Nuestro aporte para profundizar la ESI**

14 **Desafíos a 20 años de la ESI**
Por Marcelo Zelarrayán

15 **Vínculos afectivos y sexo-afectivos**

20 **La pedagogía digital de la crueldad**
Por Roberto Samar

22 **Varones, masculinidades y territorios digitales**

24 **Dificultades para relacionarse**

26 **Pedagogía de la contracrueldad**
Por Sebastián Martín Klein

29 **La ESI también es cosa de (educadores) hombres...**

32 **La ESI y las masculinidades trabajadoras de la Educación**
Por Antonella Bianco

34 **La ESI propone diálogo y encuentro donde hay silencio**
Por Gabriel Brener

37 **Infancias y masculinidades**

(Los textos que no llevan firma fueron realizados por REMA de manera colectiva)

Colectivo de Varones Antipatriarcales - CABA
@varonesantipatriarcalescaba

Colectivo Varones Desobedientes - Morón, GBA
@varonesdesobedientes

Instituto de Masculinidades y Cambio Social
@instituto_mascs

Masculinidades Al Sur - La Matanza GBA
@masculinidadesmatanza

Asociación Ecuménica de Cuyo - Mendoza
@asociacionecumenicadecuyo

Desarmarnos - Rosario y CABA
@desarmarnos__

Masculidades en Red - Posadas y Oberá, Misiones
@masculinidadesenred

Marchatras - La Plata y Tucuman
@marchatras_laplata

Desertores
@somos.desertores

Varones Recalculando
@varonesrecalculando

Hombres del Sur
@hombres.del.sur

Masculinidades Criticas y Territorio - UNGS
@masculinidades_criticas_ungs

Espacio de Masculinidades Vientos de Libertad MTE
@vientosdelibertad.mte

Cuestión de Varones
@cuestion_de_varones

Hacer lugar a la pregunta
Las masculinidades en la trama viva de la ESI

*Por **Graciela Morgade**, doctora en Educación especializada en Géneros y Sexualidades; integrante del Colectivo Mariposas Mirabal (FILO:UBA) y del Movimiento Federal XmasESI (IG @xmasesi2006)*

Hablar de la Educación Sexual Integral a veinte años de la sanción de la Ley 26.150 nos exige un ejercicio de balance y reinvención.

Porque la ESI no es un conjunto de contenidos congelados en el tiempo ni una norma abstracta; es una política de Estado, una conquista de los movimientos sociales y, fundamentalmente, una praxis pedagógica viva que transforma las instituciones educativas en la medida en que aloja los debates de su época. Y sigue cultivando esa potencia de tensar sus propios límites.

El trabajo que nos presenta la Red de Espacios de Masculinidades Argentina (REMA) llega para intervenir con enorme agudeza en un territorio crucial y pendiente: las condiciones de posibilidad para que los varones se piensen, se reconozcan y se sientan alojados e interpelados por la ESI.

Durante años, el trabajo en torno a las masculinidades corrió el riesgo de quedar encorsetado entre la respuesta punitiva o el abordaje de la emergencia frente a situaciones de violencia. Sin restar un ápice de firmeza a la necesaria responsabilidad sobre las desigualdades y las violencias, la propuesta de REMA nos propone dar un salto de escala pedagógico: pasar de la interpelación que culpa a la pregunta pedagógica que explora la experiencia.

¿Qué nos dice el silencio de un estudiante varón cuando las chicas nombran las violencias que viven? Leer ese silencio como oportunidad

pedagógica y no solo como mera resistencia o complicidad es un acto de profunda sensibilidad docente. Significa construir una *pedagogía de la escucha*, donde habilitar la palabra sobre los propios temores, la vulnerabilidad y las presiones del mandato de masculinidad sea el camino para revisar las prácticas y transformar los vínculos. No se trata de volver a "dar vuelta la taba" y retroceder, sino de entender que transformar la violencia y la desigualdad en las relaciones de género exige indispensablemente que los varones se descubran como sujetos de género con padecimientos específicos y también con capacidad de tomar conciencia, de cambiar prácticas.

Este aporte cobra una densidad política insustituible en la coyuntura actual. Frente a los discursos que pretenden desmantelar el rol del Estado, recortar los presupuestos de formación docente y estigmatizar a la ESI como una imposición, la respuesta de los territorios, las redes de organizaciones y las escuelas es sostener y profundizar el sentido de la ley. La ESI se defiende haciéndola crecer, volviéndola más compleja, más receptiva a las tensiones de la época y más capaz de alojar las trayectorias reales de nuestros jóvenes.

La secuencia que atraviesa la propuesta de REMA —*hablar, escuchar, revisar, responsabilizarse y transformar*— es una hoja de ruta conceptual y ética que excede la especificidad de "una clase", "un taller" o una conversación. Es una clave para pensar la escuela justa que queremos. Invito a leer estas páginas con la curiosidad de quien busca herramientas, pero también con la disposición política de dejarse interpelar por sus preguntas.

Nuestro aporte para profundizar la ESI

A 20 años de la ESI: una mirada desde REMA

A veinte años de la sanción de la Ley de Educación Sexual Integral (ESI), desde la Red de Espacios de Masculinidades Argentina (REMA) entendemos que es necesario volver a preguntarnos por el lugar de los varones en esta política educativa y, especialmente, por las condiciones pedagógicas que les permitan sentirse interpelados por ella.

La ESI constituye una conquista fundamental y una política pública que amplió derechos de niñas, niños y adolescentes al acceder a conocimientos y herramientas para comprender sus cuerpos, sus afectividades, sus sexualidades y sus vínculos. Desde su sanción en el año 2006, la ESI ha contribuido a poner en cuestión aquello que durante mucho tiempo se presentó como natural, privado o incuestionable: los estereotipos de género, las desigualdades, las distintas formas de violencia, los modos de vincularnos, las expectativas sobre nuestros cuerpos y las maneras en que aprendemos a expresar —o a silenciar— lo que sentimos. La propia Ley 26.150 establece el derecho de todas y todos los estudiantes a recibir educación sexual integral desde una mirada que articule dimensiones biológicas, psicológicas, sociales, afectivas y éticas.

En los últimos años, los temas referidos a varones y masculinidades han ido incrementando su aparición en ese recorrido, aunque partiendo de casi estar ausentes como objeto de lineamiento curricular en los lineamientos del 2010. Los materiales oficiales de ESI para el nivel

secundario del 2021 incluyen un apartado específico sobre masculinidades y proponen abordar, entre otras cuestiones, las formas en que los varones expresan sus emociones, el cuidado propio y de otras personas, la pluralidad de masculinidades y su relación con el ejercicio de derechos. También se han hecho materiales respecto de las masculinidades desde distintos organismos u organizaciones para ser utilizados en el ámbito educativo en relación a la ESI. Sin embargo, sigue siendo un desafío para los educadores y para el Estado cómo interpelar a los varones desde la ESI como herramienta pedagógica y como política pública, pensando por ejemplo en la importancia que puede tener su abordaje específico para estudiantes, docentes y directivos varones. Si bien ya contamos con materiales como los mencionados como antecedentes pedagógicos y didácticos, nuestra experiencia nos lleva a seguir pensando:

¿Cómo repensar y profundizar la ESI para que los varones jóvenes y adolescentes puedan sentirse efectivamente interpelados? Y además: *¿Cómo logramos que una política pública educativa con el recorrido histórico que tiene la ESI pueda ser apropiada por docentes varones de diferentes niveles y modalidades?*

Estas preguntas surgen de una experiencia concreta.

Una pedagogía para escuchar(nos)

Las organizaciones que integramos REMA venimos desarrollando, desde distintos territorios y ámbitos talleres, clases, encuentros y espacios de reflexión con varones y masculinidades. En muchos casos llevamos más de una década realizando este trabajo. Y si hay algo que esas experiencias nos han enseñado, además de la importancia de contar con herramientas conceptuales y pedagógicas, es el valor de escuchar.

Escuchar qué dicen los varones, pero también qué les cuesta decir. Escuchar las preguntas que aparecen, las contradicciones, las

resistencias, las experiencias que pueden narrarse y aquellas que todavía no encuentran palabras. Escuchar cómo hablan entre ellos, cómo se escuchan —o no— entre pares y qué sucede cuando se habilita un espacio para revisar aquello que muchas veces se aprende como obvio acerca de "ser varón".

Por eso entendemos que trabajar desde una perspectiva de masculinidades no consiste en transmitir solamente contenidos de la socialización de género masculina, implica generar condiciones para que puedan reconocerse como sujetos de género y preguntarse por las formas en que los mandatos y expectativas asociados a la masculinidad atraviesan sus cuerpos, sus emociones, sus decisiones y sus vínculos.

También implica ampliar la mirada sobre los efectos de esos mandatos. Determinadas formas de socialización masculina pueden favorecer la exposición a situaciones de riesgo, dificultar la búsqueda de ayuda, limitar la expresión de emociones y vulnerabilidades o establecer determinadas expectativas acerca de la sexualidad, la competencia, la fuerza y el control. Al mismo tiempo, estos aprendizajes pueden tener consecuencias en los vínculos con otras personas y contribuir a reproducir desigualdades y distintas formas de violencia. Trabajar pedagógicamente sobre masculinidades supone poder mirar ambas dimensiones sin reducir a los varones a la posición de agresores ni desconocer su responsabilidad sobre aquello que hacen.

Esto requiere, además, superar una mirada que ubique el trabajo con masculinidades exclusivamente en situaciones en las que ya existe una violencia manifiesta. La prevención y el reconocimiento de las violencias constituyen dimensiones indispensables de la ESI, pero el trabajo pedagógico puede comenzar antes: en las amistades, en las conversaciones entre pares, en las primeras experiencias afectivas y sexuales, en las formas de expresar el deseo y los límites, en la posibilidad de pedir ayuda, en los modos de resolver conflictos, en aquello que los varones esperan de otros varones y en aquello que sienten que deben demostrar para ser reconocidos como tales.

En este sentido, una pregunta que aparece reiteradamente en nuestras experiencias es qué sucede cuando los varones no encuentran un lugar propio para revisar estas cuestiones. En algunas propuestas de ESI, especialmente aquellas centradas en la prevención y atención de las violencias de género, puede ocurrir que los varones se reconozcan principalmente como destinatarios de una interpelación dirigida a modificar conductas de las que se los responsabiliza, pero no necesariamente como sujetos capaces de preguntarse por su propia experiencia, sus aprendizajes y sus vínculos.

No se trata de quitar centralidad a quienes atraviesan situaciones de violencia ni de desplazar el foco de la responsabilidad. Se trata de ampliar la pregunta pedagógica: ¿qué condiciones necesitamos construir para que un varón pueda escuchar, revisar y asumir responsabilidad sobre aquello que hace, incluso cuando todavía no reconoce como problemática una determinada práctica o conducta?

En ocasiones, esta dificultad aparece bajo la forma de un silencio que puede resultar desconcertante. Por ejemplo, cuando en un espacio educativo las adolescentes comparten experiencias de acoso, violencia o desigualdad y los varones permanecen en silencio. Ese silencio puede ser leído simplemente como indiferencia, resistencia, falta de interés, e incluso complicidad, pero también puede constituir una pregunta pedagógica:

¿Qué están escuchando?, ¿qué pueden reconocer de sí mismos en aquello que se está diciendo?, ¿qué les resulta difícil poner en palabras?, ¿qué lugar tienen para hablar entre pares?, ¿qué condiciones hacen posible escuchar aquello que cuestiona las propias experiencias o las de otros varones?

Desde **REMA** creemos que estas preguntas son centrales porque interpelar no significa solamente señalar aquello que debe cambiar, sino que también supone crear las condiciones para que alguien pueda reconocerse en una pregunta y sostener el trabajo de revisar aquello que hasta entonces parecía natural.

La ESI puede ofrecer ese espacio, pero para ello no alcanza con sumar actividades específicas sobre masculinidades, necesita atravesar la vida cotidiana de las instituciones educativas: las relaciones entre estudiantes, las expectativas diferenciadas sobre chicas y chicos, las formas de participación, los modos de sancionar y habilitar determinadas conductas, los vínculos entre personas adultas y estudiantes y también las propias prácticas y representaciones de quienes enseñamos.

Porque los varones no construyen sus masculinidades únicamente en los espacios destinados explícitamente a hablar sobre género, sino también en los recreos, en los grupos de pares, en las aulas, en los clubes, en las familias, en las redes sociales, en los videojuegos y en los intercambios cotidianos. Y las personas adultas —docentes, preceptores, equipos de orientación, familias y referentes comunitarios— formamos parte de esos procesos de socialización, incluso cuando no nos proponemos hacerlo.

El desafío de pensar las masculinidades como una puerta de entrada a la ESI

A veinte años de la ESI, entonces, proponemos profundizar una perspectiva de masculinidades que no se limite a hablar sobre los varones, sino que genere condiciones para trabajar con ellos. Una perspectiva capaz de reconocer la diversidad de experiencias masculinas, sus desigualdades y sus intersecciones, pero también los aprendizajes compartidos que pueden ser revisados. En ese camino, consideramos especialmente importante recuperar una secuencia pedagógica que atraviesa muchas de nuestras experiencias: hablar, escuchar, revisar, responsabilizarse y transformar los vínculos. No se trata de una receta ni un recorrido necesariamente lineal, sino una orientación para construir espacios en los que los varones puedan pasar de una postura reactiva a la posibilidad de preguntarse por lo que hacen, por lo que

sienten, por lo que producen en otras y otros, y por aquello que también necesitan transformar en sus propias vidas.

La pregunta, por lo tanto, no es solamente cómo incluir a los varones en la ESI, porque ya son sujetos de ese derecho sino, sobre todo:

¿Cómo construir condiciones pedagógicas para que los varones puedan sentirse interpelados por la ESI y encontrar en ella una oportunidad para revisar sus mandatos y transformar sus vínculos?

Esta pregunta adquiere una importancia particular en el contexto actual.

Defender la ESI es fortalecerla

Este aniversario encuentra a la ESI en medio de una fuerte disputa política. Durante el gobierno de Javier Milei, el Estado nacional dejó de financiar y de sostener su implementación, mientras desde el propio gobierno se instala la idea de que la ESI es "adoctrinamiento". Y lo que se pierde no son solo materiales o actividades: se pierden la formación docente, la asistencia a las provincias y la coordinación que hacen falta para que una política sea realmente federal.

Los números lo muestran con claridad. Según el análisis de ACIJ y ELA[1] sobre el proyecto de Presupuesto 2026, el fortalecimiento de la ESI tiene asignados apenas $30 millones: el 2 % de lo que se ejecutó en 2023. La meta de docentes capacitados cayó de 65.000 en 2023 a 900 en 2024, y las provincias asistidas pasaron de 24 a 6. Para 2025 ya no se planificó capacitar a nadie, y en el proyecto 2026 esas metas directamente desaparecieron. No se recortó solo un monto: se dejó de planificar la política.

Pero lo que le pasa a la ESI no se explica solo mirando a la Argentina. En varios países de la región y del mundo crecen derechas y

1 Asociación Civil por la Igualdad y la Justicia ACIJ y Equipo Latinoamericano de Justicia y Género (ELA)

extremas derechas que discuten entre sí casi todo en materia económica, pero coinciden en algo: ver en el "género" una amenaza para la familia, la sociedad y hasta la civilización. Como muestra Judith Butler en ¿Quién teme al género?, ese miedo funciona como un paraguas que junta temores muy distintos y los convierte en pasión política. Lo que llaman "ideología de género" no es una idea precisa sino un fantasma flexible, donde entra casi todo lo que se quiere combatir: la educación sexual, el aborto, los derechos de las personas LGBTIQ+, los feminismos.

El argumento no es nuevo. Surgió en los años noventa, en ámbitos del Vaticano, como defensa de la familia tradicional y de la autoridad religiosa, y años más tarde se masificó en la región con consignas como "con mis hijos no te metas". En la Argentina, el gobierno lo volvió parte central de lo que llama su "batalla cultural", cuya influencia también se extiende por la región. Las consecuencias se ven en las escuelas: sacar libros, cortar capacitaciones, señalar docentes. Y una vigilancia que ya alcanza a los clubes de barrio y a otros espacios donde se forman niñas, niños y adolescentes.

¿Por qué este discurso prende? Porque le pone un culpable a malestares reales. La pérdida de trabajo, las deudas, la precariedad y la incertidumbre sobre el futuro generan angustia e impotencia. Cuando los lazos comunitarios se debilitan y cada quien queda solo con sus problemas, es más fácil encontrar un chivo expiatorio: el género, las feministas, "los progres". Y a los varones jóvenes se les ofrece algo muy concreto: ser el emprendedor financiero de su propio futuro y, a la vez, el guardián de un orden patriarcal que se presenta como natural, que estaría amenazado y que habría que recuperar. Es la misma promesa que circula en los territorios digitales que se describen más adelante en este material.

Para quienes trabajamos con varones, esto marca una diferencia importante. Una cosa es quienes producen y financian este discurso; otra, los pibes, las familias y también los docentes que se sienten interpelados por él.

Con los primeros hay una disputa política, y no se gana tirándoles la biblioteca encima. Como señala Butler, el movimiento antigénero convive tranquilamente con sus propias contradicciones: puede afirmar una cosa y su contraria sin que eso le importe demasiado, porque su fuerza no está en la coherencia sino en el miedo que logra movilizar. Se proclaman defensores de la libertad, por ejemplo, mientras pretenden decidir qué se puede enseñar en cada aula. Además, quienes encabezan esta batalla cultural se niegan por principio a discutirlos en serio. Lo que sí podemos disputar es el sentido común: el que se arma en la escuela, en la familia, en el club y en las redes.

Con los segundos hay una tarea pedagógica. Si un estudiante dice en clase que la ESI es "adoctrinamiento", responderle con desprecio solo confirma lo que ya le dijeron: que ahí no hay lugar para él. Leer esa frase como una pregunta (qué escuchó, dónde, qué le preocupa) es coherente con todo lo que proponemos en estas páginas.

Algunas pistas que surgen de nuestra experiencia:

* Nombrar los malestares reales (la plata, el trabajo, la soledad, el miedo a fracasar) antes de discutir las respuestas que les ofrecen las derechas.
* No dejar solas a las docentes que sostienen la ESI: los educadores varones también tienen que poner el cuerpo, sobre todo cuando la ESI es atacada.
* Tejer redes entre escuelas, sindicatos, universidades y organizaciones, para que ninguna institución enfrente sola los reclamos o las presiones.

La reducción de las capacidades del Estado nacional no elimina el derecho que establece la ley ni las experiencias construidas en estas dos décadas. La ESI sigue viva porque la sostienen todos los días docentes, estudiantes, escuelas, jurisdicciones, universidades y organizaciones sociales. Pero que se sostenga desde los territorios no puede

confundirse con que el Estado deje de ser responsable: garantizar la ESI como derecho requiere políticas públicas, recursos, formación y capacidades institucionales. Queda, entonces, una pregunta difícil: ¿qué hacemos cuando el Estado que debe garantizar un derecho es el mismo que encabeza la ofensiva contra él? Nuestra respuesta es doble: exigir que cumpla la ley y, al mismo tiempo, fortalecer la ESI desde abajo, haciéndola más capaz de alojar a quienes hoy se sienten expulsados de ella.

Es desde ese lugar que **REMA** realiza este aporte: no para ofrecer una fórmula única para trabajar con varones, sino para compartir preguntas, criterios y experiencias construidas en espacios educativos y comunitarios. Creemos en una educación situada y en salidas colectivas. Porque si algo nos enseñaron estos veinte años de ESI es que transformar lo que aprendimos sobre cómo ser varones no ocurre solo cuando alguien recibe información, sino **cuando se abren espacios de confianza para hablar, escuchar, revisar y responsabilizarse**.

Y es precisamente sobre los vínculos —los de amistad, compañerismo, afectividad, sexualidad, cuidado y pertenencia— donde proponemos poner el foco en las páginas que siguen.

Desafíos a 20 años de la ESI

Por ***Marcelo Zelarrayán****, Educador y Ex-Coordinador del Programa Nacional de ESI*

Pensar las masculinidades desde la ESI permite interrogar, entre otras cuestiones, cómo aprendemos a vincularnos. Las masculinidades se construyen en relación con otras personas y están atravesadas por normas y relaciones de poder. Trabajar esta perspectiva vuelve visibles aprendizajes que suelen presentarse como naturales: asociar el control con el cuidado, considerar la insistencia como parte de la conquista, identificar la vulnerabilidad con la debilidad o recurrir a la violencia para obtener reconocimiento o respeto.

Mi experiencia en el Programa Nacional de ESI, donde integré el equipo técnico desde su creación y luego asumí la coordinación, me permitió reconocer que la ESI adquiere mayor potencia cuando esos aprendizajes se convierten en preguntas pedagógicas. Esta tarea involucra a todos los niveles y modalidades educativas y requiere revisar también el lugar de las personas adultas. Las escuelas participan en la construcción de las masculinidades mediante lo que enseñan, pero también a través de sus expectativas, sus silencios y las formas en que distribuyen la palabra, la autoridad, el reconocimiento y las responsabilidades de cuidado.

A veinte años de la sanción de la Ley de ESI, profundizar esta perspectiva sigue siendo una tarea necesaria. Permite analizar cómo los mandatos masculinos sostienen desigualdades y violencias que afectan a mujeres y diversidades, promueven formas de crueldad entre varones y dañan también a quienes deben responder a esos mandatos, sin equiparar esas posiciones ni diluir responsabilidades. El desafío es generar condiciones para que los varones puedan revisar lo aprendido, asumir la responsabilidad por sus prácticas y construir otras maneras de expresar los afectos, reconocer límites, cuidar, recibir cuidados, pedir ayuda y relacionarse sin dominar, dañar ni dañarse.

Vínculos afectivos y sexo-afectivos

Desde una perspectiva de masculinidades cuidadoras, saludables e igualitarias

Los vínculos forman parte de nuestra vida cotidiana y, aunque muchas veces los vivimos como experiencias subjetivas personales o espontáneas, son también aprendizajes sociales. Las formas en que construimos amistades, expresamos afecto, nos acercamos a otras personas, transitamos los conflictos o establecemos relaciones sexo-afectivas están atravesadas por creencias, expectativas y representaciones que aprendemos a lo largo de nuestras vidas. De esta manera consideramos que la forma en que construimos nuestros vínculos no son "naturales": se construyen, se reproducen y por ende también pueden transformarse.

Pensarlos desde una perspectiva de ESI y masculinidades supone preguntarnos cómo los modos socialmente aprendidos de "ser hombre" intervienen en esas formas de relacionarnos. Los estereotipos, roles y mandatos de género no solamente indican qué se espera de los varones en determinados ámbitos, sino que también organizan formas de acercarse a otras personas, de expresar afectos, de pedir ayuda, de resolver conflictos, de ejercer la iniciativa y de establecer límites.

En este sentido, determinados mandatos asociados a las masculinidades —la fortaleza, la autosuficiencia, la iniciativa, el control, la necesidad de demostrar seguridad o la dificultad para mostrar vulnerabilidad— pueden restringir las posibilidades de expresión de las emociones y de encuentro afectivo. Esto puede observarse, por ejemplo,

en las dificultades que algunos varones encuentran para hablar sobre aquello que les pasa, mostrar tristeza, pedir ayuda o expresar afecto hacia otros varones. La socialización entre pares también ocupa un lugar importante en la construcción de la subjetividad y la identidad de una persona. Muchas veces, la pertenencia y el reconocimiento dentro de los grupos de varones se construyen alrededor de determinadas formas de demostrar masculinidad.

Por eso, trabajar sobre masculinidades y vínculos no implica solamente preguntarnos cómo los varones se relacionan con otras personas, sino también **qué posibilidades encuentran para construir vínculos entre ellos.** La amistad, la empatía, la confianza, el acompañamiento, la expresión de afecto y la posibilidad de reconocer una situación de malestar pueden constituir dimensiones importantes para revisar los mandatos que asocian la masculinidad con la autosuficiencia o la imposibilidad de mostrarse vulnerables. Por el contrario, los ideales de feminidad que recaen sobre las mujeres, las ubica casi exclusivamente en portadoras de esos valores y por lo tanto las únicas cuidadoras afectivamente de los demás.

Estos aprendizajes también intervienen en los vínculos sexo-afectivos. Las formas de vivir el deseo, acercarse a otra persona, iniciar un encuentro sexual, expresar lo que se quiere o establecer límites están atravesadas por representaciones sociales acerca de lo que significa ser varón y ser mujer. El modelo del amor romántico, por ejemplo, ha transmitido determinados ideales sobre el amor, la pareja y la sexualidad, asociados a la exclusividad, la fidelidad, la heterosexualidad, la idea de "media naranja", los celos o la permanencia de una relación como prueba de amor. Estos modelos suelen reproducir posiciones diferenciadas y relaciones desiguales de poder.

Resulta particularmente relevante entonces preguntarnos qué lugar ocupan los varones dentro de esos modelos.

¿Qué se espera de ellos en una relación? ¿Quién debe tomar la iniciativa? ¿Quién propone y quién acepta? ¿Qué ocurre con los celos, el control o la necesidad de saber permanentemente dónde está la otra persona? ¿Cómo se relacionan estas expectativas con la idea de que los varones deben demostrar experiencia, iniciativa o potencia sexual?

Frases aparentemente naturalizadas como "el hombre propone y la mujer dispone" permiten abrir preguntas sobre los lugares que históricamente se han asignado a varones y mujeres en los vínculos. Si la iniciativa sexual aparece como una obligación masculina y la aceptación como una respuesta femenina, se vuelve más difícil pensar el encuentro como una construcción entre dos personas que pueden expresar deseos, dudas, límites y decisiones. Del mismo modo, la presión entre pares puede contribuir a que algunos varones exageren o inventen experiencias sexuales para obtener reconocimiento dentro del grupo.

Por eso creemos que el consentimiento ocupa un lugar central en el trabajo pedagógico sobre los vínculos. Pero enseñar sobre el consentimiento no debería reducirse a transmitir algo jurídico o a identificar con claridad únicamente aquellas situaciones en las que existe un límite o transgresión de un acuerdo previo. Puede ser pensado, fundamentalmente, como un **aprendizaje vincular**: aprender a reconocer el propio deseo y el de otras personas, expresar lo que queremos, preguntar, escuchar, aceptar límites y comprender que una decisión puede cambiar.

Desde esta perspectiva, el consentimiento tiene una **relación directa con la escucha**. Consentir no supone simplemente obtener un "sí", sino desarrollar la capacidad de escuchar aquello que la otra persona expresa, también cuando expresa dudas, incomodidad o un cambio de decisión y reconocer que su deseo no está subordinado al propio. Enseñar sobre consentimiento implica, en buena medida, **enseñar a escuchar**: escuchar un sí, escuchar un no, escuchar una duda, registrar un cambio de decisión y poder aceptar que la otra persona puede desear algo diferente.

Esto permite vincular el consentimiento con la reciprocidad y con el cuidado. Una relación más igualitaria y recíproca no supone que las dos personas tengan siempre los mismos deseos, sino que ambas puedan expresar lo que quieren, ser escuchadas y participar de las decisiones que afectan al vínculo. En este sentido, consentimiento y cuidado afectivo ofrecen miradas para cuestionar relaciones entendidas a partir de posiciones fijas, jerarquías o imposiciones, y para construir otras formas de encuentro.

Para trabajar estos temas con varones, entonces, puede resultar productivo No solamente preguntarnos "¿qué está bien o qué está mal en un vínculo?", sino también:

¿Cómo aprendimos a vincularnos? ¿Qué se esperaba de nosotros como varones en estos vínculos? ¿Qué aprendimos sobre el deseo, la iniciativa y los límites? ¿Qué hacemos cuando la otra persona quiere algo diferente? ¿Qué nos sucede cuando nos sentimos frustrados ante un límite? ¿Qué estamos dispuestos a hacer para "salirnos con la nuestra" cuando nos encontramos con una negativa ante nuestras ganas o deseos? ¿Cómo podemos diferenciar cuando una persona tiene voluntad y comparte nuestro deseo o sólo está cediendo ante nuestra insistencia o manipulación? ¿Qué lugar tiene la escucha? ¿Qué hacemos frente a la vulnerabilidad propia o de otra persona? ¿Cómo aprendimos a cuidar y a dejarnos cuidar?

Estas preguntas permiten abordar las masculinidades sin reducir a los varones al lugar de potenciales agresores ni convertir el trabajo pedagógico en una enumeración de conductas que deben evitarse. Se trata de generar condiciones para que puedan revisar críticamente los aprendizajes que recibieron, reconocer sus efectos y ampliar sus posibilidades de construir vínculos basados en el respeto, la autonomía, el cuidado, la reciprocidad y el disfrute.

Nos parece importante pensar **cómo las masculinidades construyen sus vínculos para promover prácticas que allanen el camino** a que nuestros afectos y los grupos de amigos y de amigues se construy-

yan a partir de la inclusión y no desde la exclusión al "distinto", desde la posibilidad de pensar la amistad con compañeras y compañeres y no solo con compañeros, desde la cooperación y no desde la competencia, desde alojar y dar protagonismo a las distintas expresiones de masculinidad en la escuela y no desde la burla y la exclusión según su expresión de género u orientación sexual, desde la posibilidad de tener amistades donde los varones puedan abrirse entre ellos para hablar de sus sentimientos y emociones, amistades donde no haya que buscar pertenecer ni tener ciertas preferencias vistas como "normal" en los varones para poder ser parte de un grupo.

Finalmente, estas formas de vincularnos también se encuentran atravesadas por los **entornos digitales**. Las redes sociales y otras plataformas modifican las formas de comunicarnos, acercarnos, expresar deseo, construir intimidad y ejercer o experimentar distintas formas de control. La distancia física no elimina las dimensiones afectivas de los vínculos y al mismo tiempo, introduce nuevas posibilidades de exposición, vigilancia, presión y circulación de imágenes o mensajes. Por eso, los aprendizajes vinculados con la escucha, los límites, el consentimiento y el cuidado también necesitan ser pensados en los territorios digitales.

En definitiva, trabajar los vínculos desde una perspectiva de ESI y masculinidades supone ampliar las posibilidades de los varones para relacionarse consigo mismos y con otras personas. **Hablar, escuchar, revisar, responsabilizarse y transformar** pueden convertirse así en aprendizajes fundamentales para construir vínculos más igualitarios y recíprocos.

La pedagogía digital de la crueldad

*Por **Roberto Samar**, Licenciado en Comunicación Social UNLZ. Especialista en Comunicación y Culturas. Profesor de la UNRN*

Con el objetivo de que estemos siempre conectados, la burbuja comunicacional que construyen los algoritmos tiende a priorizar contenidos compatibles con nuestros intereses y comportamientos previos, lo que favorece entornos informativos cada vez más homogéneos.

En esas cámaras de eco, quien esté atravesado de una mirada machista, es bastante probable que tienda a recibir contenidos misóginos. Al reforzar una y otra vez determinadas miradas, estas tienden a polarizarse. Paralelamente, quien piense distinto tiende a hacerse invisible y si nos incomoda probablemente será bloqueado.

Estas narrativas, que muchas veces se consumen sin advertir sus efectos, pueden banalizar la violencia y ejercer una pedagogía digital de la crueldad. Siguiendo la teoría del cultivo, por sus continuidades, los medios tradicionales, digitales y la industria del entretenimiento, va sedimentando nuestra forma de ver el mundo. Nos va enseñando cosas: la cosificación de determinados cuerpos, la naturalización de violencias, la crueldad en la forma de vincularnos son narrativas cotidianas para determinados segmentos poblacionales.

Como señalamos oportunamente con el profesor Emiliano Samar, la discusión, entonces, no puede agotarse en la pregunta de cómo regular estas plataformas: el desafío es también, y sobre todo, cultural y educativo. Rita Segato recuerda que la violencia se basa en mandatos culturales: un lenguaje que los varones hablamos entre nosotros para probarnos ante otros varones. Ningún algoritmo inventa ese mandato, apenas le presta una herramienta nueva. Por eso la ESI deja de ser una política complementaria para volverse condición indispensable de la democracia digital.

Varones, masculinidades y territorios digitales

La masculinidad atraviesa una crisis material y simbólica: falta estabilidad laboral, ingresos suficientes y también sentidos que ordenen el "para qué". Los feminismos transformaron las expectativas de género y muchos varones quedaron desconcertados, sin respuestas colectivas mayoritarias. En ese vacío, internet dejó de ser un simple canal para volverse un **territorio que se habita** varias horas al día. Allí se construye identidad, pertenencia y comunidad: canales de Discord, grupos de Telegram, chats de WhatsApp, partidas en Roblox, transmisiones de Twitch o discusiones en X. Los avatares y nicknames permiten participar desde una voz segura, probar una personalidad en construcción y responder al aislamiento y a la soledad no deseada.

En esos territorios proliferan ofertas identitarias que captan a adolescentes y jóvenes: vendedores de cursos que prometen autos de lujo y libertad financiera, criptobros, traders, coaches de seducción. Todos parten de una misma lógica: **donde hay una necesidad, nace una mentoría**. Ofrecen certezas, atajos y una hoja de ruta, con marketing agresivo y FOMO. Muchos construyen un relato deslocalizado —Miami, Dubái, Cancún—, ostentan bienes alquilados y desprecian las costumbres nacionales, como si el arraigo fuera de perdedores. Al mismo tiempo, la **financiarización de la vida** se entrelaza con estas narrativas: billeteras virtuales, deuda, apuestas deportivas y criptomonedas normalizan el endeudamiento y la vida como esquema especulativo. **La intimidad también se digitaliza**: "fueguitos", likes y contactos virtuales que rara vez terminan en encuentros físicos.

Ese proceso se combina con una **subjetividad neoliberal** donde solo importa "yo", "lo que me pasa a mí" y "lo que hago con lo que me pasa". Muchos varones se retiran de la vida social, política y comunitaria, y los jóvenes se han convertido en el núcleo más intenso del giro a la derecha.

Tres vulnerabilidades explican esta atracción: el aislamiento y la búsqueda de pertenencia, la sed de éxito y de una hoja de ruta, y la sensación de rechazo o fracaso en los vínculos con mujeres. Esas grietas son la puerta de entrada a la manosfera, pero también a ciberestafas, esquemas ponzí y más infelicidad.

Sin embargo, internet no es solo el lugar donde los varones aprenden a ser misóginos, ultraderechistas o ciberestafadores. También puede ser **red, contención y aprendizaje**: comunidades que ofrecen colaboración, vulnerabilidad y visión emocional. El desafío para la ESI es **habitarlas sin tecnofobia ni prohibicionismo, construyendo espacios de escucha, canales de información segura y puentes** entre el Estado, las barberías, los clubes, Discord y Telegram. Acompañar a los varones a construir masculinidades más libres, cuidadoras y vulnerables, y a recuperar **soberanía cognitiva** sobre su tiempo, su atención y sus decisiones.

Dificultades para relacionarse

Nuevas estadísticas muestran que los varones tienen dificultades en la socialización entre pares, porque se sienten desorientados en su masculinidad. Las presiones más fuertes vienen de las redes sociales.

Un reciente estudio de Reyes-Filadoro (agosto 2026) resulta muy revelador respecto de las dificultades que enfrentan las y los jóvenes a la hora de relacionarse entre sí. Los varones expresaron que sienten muchas presiones a la hora de proponer un vínculo. En este sentido, si bien el 81 % expresó el deseo de tener una pareja, un porcentaje grande (65 %) siente una enorme carga y que prefiere quedarse solo o con muy pocos amigos, espacio que interpretan como un lugar seguro. Una de las razones por las cuales sienten esa presión es el entorno virtual: "Si bien las redes sociales favorecen la conexión, generan mucha ansiedad, sobre todo por el tema de las comparaciones". Otra de las razones, no menos importante, es la falta de estabilidad económica.

También, el 65 % admitió sentirse desorientado respecto de la construcción de la masculinidad. Si bien algunos mandatos de género, que eran sagrados en generaciones anteriores, hoy están en tela de juicio (la fortaleza, el ser proveedor), sin embargo, no logran entender qué se espera de ellos. Muchos de ellos son conscientes de la necesidad de expresar las emociones y saber pedir ayuda (algo que antes estaba asociado con la feminidad), pero les cuesta hacerlo.

Por otra parte, el estudio muestra una enorme brecha en la percepción mutua entre hombres y mujeres. El 60 % de los varones dice no saber cómo iniciar una conversación con una mujer por miedo a incomodarla, ante lo cual prefiere no hacerlo (repliegue). Si bien eso evidencia una actitud de revisión de viejas prácticas micromachistas, por otro lado expresa una falta de escucha, registro y comprensión de las expectativas y presiones que siente el otro género.

En lo que sí están de acuerdo es que hoy es muy difícil construir relaciones estables (80 %), como sucedía en generaciones anteriores, y que los vínculos sexo afectivos actuales son descartables (70 %).

El desafío principal es indagar en esa desorientación masculina, construir canales de diálogo para resolver esa brecha de comprensión mutua entre géneros y evitar que el aislamiento de los varones derive en situaciones de violencia hacia sí mismo o contra sus pares.

Pedagogía de la contracrueldad

*Por **Sebastián Martín Klein**, Magister en Ciencias Sociales con mención en Educación (FLACSO), e integrante del Colectivo Mariposas Mirabal (FILO:UBA)*

La ESI, comprendida como una propuesta política-pedagógica, ofrece un posicionamiento crítico, reflexivo y transformador en torno al abordaje de las masculinidades, tanto en la prevención y el reconocimiento como en la erradicación de la violencia como una práctica que interviene en los procesos de socialización de los varones en la escuela. Si los varones aprendemos que nuestro reconocimiento y pertenencia social dependen, en buena medida, de la posibilidad de ejercer dominio sobre los cuerpos de otras personas, entonces la violencia puede constituirse como una dimensión central de determinadas formas de "ser varón". Lejos de tratarse de una condición natural o inherente a los cuerpos masculinos, estas prácticas forman parte de un sistema de dominación que prescribe modos particulares de vincularse con lxs otrxs. En este marco, ejercer violencia puede convertirse en una práctica que funciona como prueba o condición de pertenencia dentro de ciertos pactos de masculinidad. A la vez, como contracara de este proceso, los varones nos socializamos como tales para distanciarnos de aquellos atributos que culturalmente han sido asociados con lo femenino: la vulnerabilidad, la fragilidad, el cuidado, la ternura, el miedo o la expresión de los afectos. Dado que estos aprendizajes no son naturales sino producto de procesos de socialización, la escuela constituye un espacio privilegiado para interrogar, tensionar y eventualmente desmontar la imposición de una masculinidad hegemónica y, con ella, una pedagogía de la crueldad. Allí radica, en parte, nuestra responsabilidad como docentes. Los feminismos, los movimientos sociales y la ESI han contribuido profundamente

a visibilizar que no existe una única manera de ser varón, sino múltiples formas de construir y habitar las masculinidades, que no quedan determinadas por la genitalidad.

Desde esta perspectiva, la escuela puede constituirse en un espacio que no reproduzca el dolor ni las violencias aprendidas, sino que habilite formas de resistencia y de cuestionamiento de los mandatos tradicionales de masculinidad. Puede ser un lugar desde el cual imaginar otros modos de vincularnos, una pedagogía de la contracrueldad que permita construir otros mundos posibles o, al menos, ofrecer alternativas frente a aquellas realidades que atraviesan cotidianamente muchxs de nuestrxs estudiantes. La ESI tiene allí un aporte fundamental, en tanto horizonte político-pedagógico para construir la escuela que queremos, soñamos y merecemos. Despatriarcalizar las relaciones pedagógicas supone también reconocernos como sujetos vulnerables, capaces de identificar y alojar las vulnerabilidades de quienes transitan la escuela, incluso las de aquellos estudiantes que encarnan con mayor intensidad los mandatos de "ser macho". Una práctica docente capaz de reconocer esas vulnerabilidades puede pensarse como una pedagogía de la ternura que, desde una perspectiva de ESI, contribuya a desarmar los mandatos de masculinidad y, con ellos, algunos de los factores que intervienen en la producción y legitimación de las violencias.

Finalmente, es necesario insistir en el carácter situado de toda práctica educativa y, particularmente, de la ESI como proyecto pedagógico. No existen recetas universales ni intervenciones predeterminadas capaces de resolver por sí mismas las problemáticas vinculadas con las masculinidades y las violencias: abordarlas exige conocer los contextos, escuchar a los grupos y comprender las dinámicas particulares que construyen cada espacio escolar y cada vínculo. Sí es posible, en cambio, reconocer algunas orientaciones: identificar cuándo, cómo y por qué recurrir a la ESI; habilitar la palabra; no pretender eliminar el conflicto —que forma parte de toda relación social—, sino generar herramientas para tramitarlo desde una perspectiva de derechos humanos; y evitar la ex-

posición de quienes participan, dando lugar también a las resistencias, las incomodidades y los rechazos que toda transformación puede suscitar. Tal vez se trate, precisamente, de construir alternativas antes de que la violencia aparezca como una vía legítima de afirmación de la masculinidad. Esto no supone depositar en las y los docentes la responsabilidad exclusiva por situaciones que responden a procesos sociales, culturales e históricos mucho más amplios. Pero quizás allí radique una de las tareas centrales de la escuela: poner en tensión aquello que aparece naturalizado, alojar a quienes en otros espacios quedan más expuestos, más violentados, más solos y menos cuidados, y ofrecer la posibilidad de imaginar otros recorridos. Mostrar, en definitiva, que las cosas pueden ser de otra manera y que ninguna identidad ni ningún destino están completamente predeterminados.

La ESI también es cosa de (educadores) hombres…

Uno de los grandes obstáculos para una agenda pública de políticas de cuidados se encuentra en su asociación a un asunto privado, familiar y femenino. Considerando a la educación sexual integral, en un sentido amplio, como parte de esa agenda de cuidados, podríamos decir que enfrenta obstáculos similares.

Si bien la legislación que lleva 20 años logró eludir el mantra que repite que "la educación sexual se da en casa" o "es asunto de las familias" -y decirnos "eludir" y no vencer, porque son resistencias aún vigentes-, su efectiva implementación en las instituciones educativas sigue siendo una responsabilidad mayormente "femenina". Al igual que con las políticas de cuidados, son generalmente mujeres las que les dedican tiempo y energía a diseñar sus lineamientos, lograr consensos institucionales y comunitarios, construir redes de apoyo y aprendizaje.

"Des-feminizar" la ESI, no pasa solo por incluir contenidos que recojan las necesidades, deseos, demandas y expectativas de los estudiantes varones, sino también **alcanzar un mayor involucramiento y responsabilización por parte de los educadores hombres adultos**. No solo sería más justo y equitativo para con sus compañeras docentes, sino también un ejemplo pedagógico en sí para su estudiantado, dando el mensaje de que los hombres también pueden y deben hacerse cargo de los cuidados en general y de la ESI en particular. Además, mal que nos pese, las voces de los varones adultos tienen un peso y autoridad diferencial para otros varones que, en este caso, hay que saber usar en favor de una causa justa. Más aún, en contextos de recrudecimiento de la misoginia entre los adolescentes y jóvenes, que la

ESI sea percibida como interés exclusivo de mujeres, despierta mayor desconfianza y resistencia en el estudiantado masculino.

En definitiva, necesitamos más educadores hombres asumiendo la responsabilidad institucional y comunitaria de promover e implementar la ESI.

Como docentes varones, ¿nos interpela la ESI?

Sería difícil pensar que podamos impulsar propuestas pedagógicas con chicos y adolescentes si no nos atraviesa, de alguna manera, aquello que queremos que reflexionen sobre las masculinidades, las desigualdades de género y las violencias machistas. Incluso podríamos pensar a la ESI como un puente para que los docentes como adultos y los chicos como jóvenes puedan discutir las prácticas e ideas que hacen a la socialización de género masculina y buscar una transformación de conjunto.

En estos 20 de años de ESI, se hizo evidente que quienes más asumen la ESI en las escuelas y los ámbitos educativos son las mujeres y las disidencias. Necesitamos docentes varones en los equipos de ESI de las escuelas, que puedan ser referencia para otros docentes y para los chicos de que la ESI es también algo que compete a las masculinidades. En este sentido, nos parece importante el fortalecimiento de la ESI, su formación y su transversalización, en los profesorados, para incorporar esta perspectiva a los futuros docentes varones. Necesitamos también transversalizar la ESI y la perspectiva de género en nuestras disciplinas, ¿nos damos tiempo para pensar los contenidos de nuestras disciplinas con perspectiva de género?

La ESI puede hacernos pensar, por ejemplo, con qué códigos nos relacionamos muchas veces con les estudiantes y en particular con los chicos varones que pueden estar reforzando ciertos mandatos y roles de género.

¿De qué temas solemos charlar con los chicos varones? ¿Logramos generar vínculo con todos o solo con algunos? ¿Cómo nos relacionamos entre el equipo docente y el equipo directivo frente a la mirada de los chicos? ¿Qué valor le damos a la empatía, la solidaridad, y el buen compañerismo en el aula? ¿Cómo reaccionamos cuando escuchamos un comentario que reproduce un sentido común machista y sexista, y cómo intervenimos al respecto? ¿Cómo expresamos nuestro género en nuestra práctica docente y qué podemos estar reproduciendo inconscientemente? ¿Cómo usamos la voz y el cuerpo?

En definitiva, ¿qué referencia sobre "ser varón" estamos construyendo de cara a los chicos como varones adultos que somos? Y tal vez podemos empezar a pensar ¿Qué referentes queremos ser como masculinidades adultas para los chicos en la escuela?

La ESI y las masculinidades trabajadoras de la Educación

*Por **Antonella Bianco**, Secretaria de Igualdad de Oportunidades y Géneros de la Unión de Trabajadorxs de la Educación UTE - CABA*

A 20 años de la sanción de la Ley de ESI, tenemos clara la conquista que hemos logrado y de la cual las escuelas y sus trabajadores y trabajadoras somos protagonistas: la construcción de una escuela más democrática, que aloja, escucha y garantiza los derechos de las niñeces y las adolescencias. Pero en nuestro ejercicio cotidiano de hacer escuela tenemos que poner un poco de luz a lo que todavía no pudimos permear, más aun teniendo en cuenta el contexto de avance de los discursos misóginos y machistas que se emanan desde lo más alto de la responsabilidad gubernamental.

Uno de los puntos centrales que observamos al habitar cotidianamente las instituciones, es que la ESI no interpela ni moviliza de la misma manera a los docentes varones que a las trabajadoras mujeres, quienes históricamente cargan con el peso de su implementación. Este sesgo genérico se vuelve constitutivo en el despliegue de la ESI en las escuelas.

Muchos docentes varones viven la ESI desde la distancia defensiva o desde el cumplimiento burocrático. No quieren incomodarse, temen equivocarse, o también nos encontramos con quienes buscan perpetuar el mandato patriarcal de la masculinidad hegemónica.

Como sindicato tenemos una tarea política, gremial y pedagógica de acercar e interpelar a los trabajadores de la educación. Algunas iniciativas que buscamos construir son las formaciones específicas y situadas sobre y para masculinidades y espacios seguros de autocrítica y revisión de las prácticas de los compañeros. Estos, entre otros dispositivos nos

pueden permitir construir nuevas referencias de autoridad pedagógicas y político-gremiales en las que nuestros compañeros puedan mostrarse vulnerables, dispuestos a aprender, cuestionar sus propios mandatos machistas y ejercer una co-responsabilidad afectiva y política en las escuelas.

La ESI propone diálogo y encuentro donde hay silencio

*Por **Gabriel Brener**, Licenciado en Ciencias de la Educación, Especialista en Gestión y Conducción de Sistema Educativo y Profesor de Enseñanza Primaria.*

La ESI, al igual que el currículum, del mismo modo que la escuela, es un lugar de disputas donde coexisten intereses diversos, en tensión permanente. Es parte de los asuntos incómodos, de esos temas que han oscilado (y continúan) entre tabúes, silencios, o mera imposición. Hubo enormes avances en las últimas décadas, respecto a la tradición escolar impermeable a sexualidades y afectos, y en especial respecto de la tradición machista y patriarcal que ha marcado en forma indeleble a la sociedad y a los vínculos sociales en la vida pública, en las instituciones y en la intimidad.

No me gusta esa idea de ¿en qué estamos fallando? porque me recuerda a un papá o mamá que se hace esa pregunta a partir de una actitud o comportamiento de su descendencia que parece alejarse de los mandatos. ¿Qué hice yo para merecer esto? (¡Ja!) y entonces prefiero interrogarnos por la necesidad de ir revisando, en forma compartida, incluso entre generaciones, cómo queremos que crezcan las nuevas generaciones. Ir revisando paso a paso y permitiéndonos recalcular, para intentar aprender y redirigir nuestras acciones y decisiones. Cualquier proyecto que se lo piensa solo de arriba hacia abajo tiene sus limitaciones y en especial cierto peligro de lo que definiría como *implantación*. Y a mí me gusta pensar que fenómenos como estos están más ligados a la *implementación*... ¿Qué quiere decir esto? A diferencia de algo que se impone, está más relacionado a procesos culturales, sociales que se van construyendo, siempre en contexto.

A veces la tendencia a implantar puede tener que ver con ideas conservadoras o insurgentes. Por eso, es necesario escuchar mucho y aprender de lo que los más jóvenes nos van diciendo o nos van mostrando. Y reflexiono esto desde un lugar de adulto de cincuentilargos, formateado en un modelo de sociedad machista, que intenta revisar sus acciones a sabiendas de ese ADN traicionero, desde un lugar de padre de tres hijos e hijas, dos mujeres que me han enseñado y lo siguen haciendo respecto de las singularidades de género en las relaciones y en la vida en común. También, desde un lugar como docente de nivel superior e incluso habiendo asumido hace una década responsabilidades máximas en el gobierno educativo y a cargo del programa de la ESI a nivel federal, entre otros programas ligados a la educación obligatoria y la formación docente.

Por eso, me parece necesario ver siempre el texto en contexto. ¿Qué quiere decir esto? No es lo mismo ver la ESI en momentos de un gobierno que la asumía como política de Estado y una sociedad atravesada por el movimiento de mujeres en ascenso, el *Ni una menos*, que la ESI en el contexto de un gobierno libertario, desfinanciada, y el intento de reemplazarla por una educación socioemocional y un sentido social punitivo en ascenso que es alimentado por medios de comunicación, junto a fuertes poderes globales de algoritmización de valores de tradición, familia y propiedad, muchas veces travestidos con luces de colores, nuevas tecnologías y algunos intereses en las billeteras digitales. Y la complejidad que también supone analizar críticamente ambos contextos.

Y preguntarnos si fuimos plurales en los modos de habilitar diálogos, así como escuchar actores que se sintieron ninguneados en otros momentos, contextos o gobiernos. Prestar atención a las diversas voces es también, a mi criterio, parte de una posición responsable en la pedagogía de los cuidados. Estoy convencido de que la ESI ha sido y es una muy potente política de cuidado y ese es el marco en que debemos pensarla y ponerla en acción, más aún en tiempos en los que el descuido es parte de la ración de civilidad cotidiana, donde el maltrato y la crueldad son políticas de gobierno, que lamentablemente se anclan en una gran

parte de la sociedad, quiero decir, son legitimadas. Por ello, creo fuertemente en la condición contracultural que tiene la ESI para proponer más diálogo y encuentro donde hay silencio o donde quieren que todo sea como siempre, desigual e injusto.

Respecto de las masculinidades, es un desafío clave, en las aulas y en la casa de cada quien, también en el bondi, y cualquier espacio, presencial, pero también virtual.

A partir de mis salidas a la cancha junto a mi hijo, en aquel entonces de 5 años, pude ver, en lo cotidiano, cómo opera el mandato de masculinidad dominante en pequeños actos. Hoy tiene casi 30 y vamos juntos a la cancha y, creo, podemos ver lo que nos rodea con mucha crítica, a veces con vergüenza ajena, *cringe* sería hoy, ¿no?.. pero en esa complicidad, incluso riéndonos o no colaborando con mirada, gesto o palabra cómplice, podemos ser y estar, mejor dicho: estar siendo de otra manera.

Finalmente, creo que es decisivo involucrarnos. ¿Cómo? De mil y una maneras... Cuando damos clases, debemos prestar atención a los modos en que se expresan las desigualdades de género en la distribución de la palabra, la mirada, la participación, la bibliografía y tantas otras cosas. Y entre varones conversar más, ponerle palabra a lo que queda silenciado, desbaratar esas complicidades que aparentan autoprotección y son puro daño y discriminación.

Diferenciar debilidad de fragilidad es un asunto importante. No son sinónimos. La escuela moderna está debilitada por muchos motivos, pero eso no significa que buscando sus causas no nos resignemos a asociar debilidad con fragilidad, que tiene que ver con reconocer nuestros límites y eso es pura humanidad. Y, en ese acto de humanidad, también hay que disputar lo que concierne a la sexualidad, a la virilidad. Más aún en esta época oscura, de pasiones tristes, donde cada vez hay más gente descartable, entonces el terror a ser un *loser*, a ser descartado, puede operar como una necesidad de reconocer la debilidad como fragilidad y defecto. Por eso, me parece importante diferenciar ambos términos y trabajar pedagógicamente la fertilidad de la idea de fragilidad.

Infancias y masculinidades

La ESI no es solo una normativa con ejes y métodos de intervención, también es una invitación a seguir haciéndonos preguntas, una invitación a actualizarnos constantemente, a repensarnos como personas cercanas a las niñeces, en cada contexto en el que nos encontramos. La ESI está viva y nos pone a prueba todo el tiempo.

Hoy, las masculinidades nos piden renovar formas y contenidos en cada etapa escolar. Si años atrás hicimos un esfuerzo enorme para empoderar a las niñas y niñeces diversas, en relación al reconocimiento de esas violencias, y que puedan "decir no" (pero no como una palabra mágica, sino como resultado de un complejo proceso de reconocimiento de su autonomía y sus derechos) hoy vemos que no hemos logrado interpelar de igual manera a los niños como varones en el cuestionamiento a los mandatos y las ideas patriarcales que forman parte de su educación y construcción de subjetividad. Por otra parte, la avanzada de la derecha y sus discursos de odio han penetrado en un sector amplio de la cultura juvenil, y en los últimos años han ampliado la brecha entre las expectativas y necesidades de mujeres y varones, y eso nos plantea nuevos desafíos a padres y madres en la crianza, y a docentes en la educación primaria. A 20 años de la sanción de la Ley, la tarea es profundizar el diálogo con la ESI, para revisar y cuestionar las formas poco perceptibles de reproducir las diferencias de género que puede reforzar estereotipos de género en los niños, como la distribución de roles y tareas en la casa, en la calle, en el club, en el aula, en los recreos.

Diversos autores y autoras estudiaron la dinámica de los gestos y las corporalidades al momento de reproducir estereotipos de género, sobre todo durante los juegos, los deportes, los comportamientos

grupales, pero también en detalles más pequeños como la prolijidad de los útiles escolares, la claridad de la letra, la forma de sentarse, el volumen de las voces, etc. Dinámicas que reproducen, en los niños y adolescentes, el mandato de imponer su voluntad sin medir el impacto de su acción, pero sobre todo sin registrar las consecuencias de sus actos en las demás personas (y muchas veces en ellos mismos), "porque así debe ser un hombre: arriesgado, intrépido, porque es la única manera, en este mundo del sálvese quién pueda, para conseguir más beneficios". En cambio, a ellas sí, se les premia cuando aceptan, cuando permiten, cuando dejan pasar, cuando empatizan con los demás por sobre ellas mismas, "porque así debe ser una mujer de bien, de familia, siempre lista para cuidar al hermanito o a la abuela". Bajo estás premisas, los chicos aprenden a desresponsabilizarse de sus actos y a no empatizar con las demás personas, mientras las chicas aprenden a ser las únicas que están a disposición de los cuidados y a "pensar en el otro". La ESI permitió visibilizar y cuestionar estas premisas, pero nos parece importante preguntarnos **qué más podemos hacer en relación a la socialización de género masculina**.

Nos cuesta trabajar con los niños otras formas de sentir, de decir, de compartir, que tengan en cuenta la propia masculinidad que cada chico construye, que no tiene por qué seguir los mandatos de género tradicionales, y que puedan ser extensivas al resto del colectivo diverso del aula. Que pueda absorber formas asociadas a la feminidad sin recibir el castigo de la burla, el acoso de sus compañeros, como juegos que le enseñen a cuidar, a escuchar de verdad, a respetar los sentimientos del otro y la otra, a criar animalitos y muñecos, a mantener viva una plantita, a limpiar el aula, a cocinar cosas ricas, a sostener amigos tristes, a reciclar cosas que se tiran para aprender que todo (o casi todo) se puede transformar en algo nuevo y necesario para alguien, y muchas más cosas. Se trata también de dar lugar a las masculinidades diversas que los mismos niños y adolescentes ya expresan, pero que muchas veces quedan opacadas y llevadas al terreno de la feminidad. Empoderar

desde la ESI las masculinidades diversas que forman parte de la escuela, puede ser una forma de superar el binarismo de género masculino-femenino y pensar la construcción de subjetividades e identidades por parte de las niñeces de una manera más fluida, libre y genuina.

Esto permitiría legitimar la posibilidad para los niños de desarrollar su identidad masculina libres de mandatos de género, capaces de desear sin corsés, de sentir y emocionarse, y poder expresarlo sin ser castigados, y dispuestos a otras formas de reconocer sus deseos e intereses, y no a imposiciones externas. El trabajo docente implica habilitar espacios de escucha entre niñeces, entre infancias y personas adultas, pero también entre la docencia, para seguir aprendiendo siempre, para inventar, para probar y equivocarse, para construir nuevas posibilidades.